

PARTE QUINTA

GASPAR

.....
Que el hombre, con sed ansiosa,
Busca alegría en su casa;
Que en ella su dicha basa
Y la dicha de su esposa.
Y que para ésta ha de ser
Más grato darle alegría,
Que no mirar que se hastía,
Que se harta de padecer.
Que al fin su razón se exalta,
Y para acallar su pena,
Corre á buscar en la ajena
Lo que en su casa le falta.

José Marco: *El sol de invierno.*

I

DOS SISTEMAS OPUESTOS

Dos años después, y en uno de los primeros días del mes de Marzo, María y Elvira se hallaban sentadas en una linda salita de labor de la casa de la primera.

Elvira, á pesar de los ruegos de su hermana, y sólo por espíritu de contradicción, se había obstinado en permanecer en Barcelona hasta entonces; pero hacía quince días que, fastidiada de re-

rente, había levantado su casa y se había trasladado á Madrid para reunirse con su hermana.

Halló á ésta cambiada completamente. María había perdido algo de su diafanidad y se había embellecido mucho más, adquiriendo sus formas una redondez encantadora. Alberto no estaba más hermoso, pero sí más alegre; tenía un aire más tranquilo; era, por fin, un hombre feliz. Acogió á la hermana de su esposa con una alegría sincera y cordial, pero sin muchas palabras y ademanes; no obstante, las que le dijo fueron sentidas y bellas.

—Aquí estarás mejor, querida niña; seremos muchos para amarte, y sólo procuraremos hacerte feliz.

Este fué el recibimiento de Alberto. María, más expansiva y más conmovida, lloró mucho, y no se cansaba de acariciar y de abrazar á su hermana.

Miranda era ya un anciano de sesenta y cuatro años, sereno y admirable; ya no trabajaba, y pasaba los veranos en las Provincias Vascongadas y los inviernos en París.

Alguna vez venía á Madrid para ver á sus hijos; pero Madrid se le había hecho casi insoportable desde que había experimentado en él tantas pérdidas y tantas desgracias.

Mundeta, ó Sor Raimunda, dormía ya también el sueño de los justos; su vida se fué apagando lentamente, sin amargura, sin dolor ostensible. Un día de los que María fué á visitarla, la halló más

pálida y más triste, pero más dulce y amorosa que nunca; la religiosa se informó de la suerte de la joven, y le dió buenos consejos. La señora de Alvareda, sin saber por qué, se separó de ella con el corazón oprimido, y al darle la mano vertió lágrimas. Sin esperar al domingo, que era cuando le hacía su visita, volvió; pero bajó la Superiora al locutorio, y le dijo estas sencillas palabras:

—Hija mía, Sor Raimunda ruega ya en el cielo por nosotras.

—¡Cómo! ¿Ha muerto?—exclamó María con espanto.

—Ha pasado á una vida mejor.

—¿Y cuándo? ¡Dios mío!

—Hace dos días, al ocultarse el sol. Hacía ya mucho tiempo que redoblaba sus penitencias de un modo que nos alarmaba; se la veía enflaquecer. Hubiérase dicho que un ángel le bajaba del cielo un poco de alimento para sustentarla, porque nada comía de lo que comemos las demás. Hace dos días estaba rezando por la tarde en la iglesia con todas nosotras, sus hermanas, que tanto la amábamos. Cuando el sol desapareció de las vidrieras del coro, ella cayó... con la cara contra el suelo; la levantamos: estaba muerta. Por la mañana había confesado y comulgado. En su rostro había una expresión celestial. ¡Era una santa que fué derecha á la gloria! Señora, me esperan; no llore usted, pues ella es más dichosa que los que quedamos acá abajo.

La Superiora se retiró, y María volvió á su casa con el corazón lleno de pena; el cariño de su esposo la calmó poco á poco, y á los ocho días de la pérdida de su amiga se acordaba de ella como de una santa que pedía por su felicidad á los pies de Dios.

Por eso la llegada de Elvira la colmó de gozo. Para María, sencilla, laboriosa, retirada, había pocas amigas, porque, en lo general, la mujer es frívola y aficionada á las diversiones y á la novedad. Venía á su lado aquella hermana única y tan amada, y no podía hallar compañera mejor para su aislamiento, que era, por otra parte, muy voluntario.

Pero la Elvira que ella recibió en sus brazos y en su casa estaba muy cambiada; sus dos años de soledad y de viudez se habían pasado en leer novelas, y su cabeza, joven y ardiente, se había llenado de ideas tan extrañas como erróneas.

A la sazón se hallaban las dos en la salita de labor. María bordaba unas zapatillas para su marido, y Elvira leía uno de sus autores favoritos; ambas se hallaban del todo embebecidas en sus respectivas ocupaciones, cuando Elvira alzó la cabeza.

—¿Aún no ha vuelto Alberto?—preguntó con admiración.

—No—respondió María tranquilamente y sin alzar los ojos de su bordado.

—¡Pues vaya una calma que tiene!—repuso la joven viuda.—¿No salió á las nueve?

—Sí.

—¡Pues son las once!

—¿Y qué?

—¡Cómo y qué! ¿No te choca tan larga tardanza?

—No, por cierto.

—Pues, hija mía, yo creo que en vez de andar por ahí, debería estar aquí, en su casa, y al lado de su mujer.

—¡Vaya! ¿Volvemos á las andadas?—preguntó María riendo.—¿Conque, según tu opinión, mi marido no debía separarse nunca de mi lado?

—¡Claro está, como hacía Sebastián!

—¡Bah, bah! ¡Eso es un absurdo! Cada hombre tiene su genio. Sebastián era de condición dulce, apacible; Alberto es activo, vivaz; y además, Sebastián era opulento, y Alberto tiene que trabajar para vivir.

—¡Ah... ya! ¿Piensas tú que ahora está trabajando?

—Ciertamente.

—¡Vaya una candidez! Mejor estará en casa de la Condesa.

María, al oír estas imprudentes palabras, se echó á reír; pero una palidez intensa se extendió por sus lindas facciones.

Sin embargo, hizo un gran esfuerzo sobre sí misma y respondió:

—¿Es acaso hora ésta de visitas galantes? Además, Alberto ya no ve á esa mujer, que ha hecho

su presa desde hace dos años del padre de mi marido.

—¡Sí, sí; tú fía en los hombres! Yo lo que veo es que antes Alberto sólo salía contigo, que te acompañaba á todas partes, y ahora se va y te deja en casa.

—¿Me ha de llevar á la Bolsa?

—Vamos, contigo no adelantaré nada, aunque trate de convencerte de lo perjudicial que es dar á los maridos tanta rienda; pero si yo me llevo á casar otra vez...

—¡No será fácil que esto suceda, si das á entender al que ha de ser tu marido tu modo de pensar!—dijo María sonriéndose.

—Pues estás muy equivocada—repuso agriamente Elvira;—porque has de saber que... á no ser yo tan rigorista...

—¿Qué quieres decir?—exclamó María, al ver el rubor que coloreaba las mejillas de su hermana.—¿Habrás ya salido de tu dolorosa apatía, querida Elvira? ¿Amarás de nuevo?

María, al hablar así, había olvidado la honda herida que su hermana abriera en su alma al recordarle á la Condesa, y sólo pensaba en la dicha de verla feliz á su lado.

—Creo que sí—respondió Elvira, con toda la candidez de sus diez y nueve años y de su poco trato de mundo.

—¿Pero á quién? ¿Cómo?

—Voy á contártelo todo—dijo Elvira con voz

dulce y sentándose al lado de su hermana, con aquella sencilla confianza de su niñez:—has de saber que en el mismo vapor que me condujo desde Barcelona á Valencia venía un joven encantador.

—¡Un joven!

—Ya tendrá veintisiete años; pero creo que se le puede llamar joven todavía. ¡Y luego es tan elegante, tan simpático! ¡Tiene tan hermosos ojos! ¡Con un talento, unas maneras!

—¡Ay Dios, hermana mía, tú estás cautivada ya del todo!—exclamó María;—¡qué entusiasmo, qué fuego!

—¡Si tú le hubieras visto—respondió Elvira, cuyos ojos brillaban efectivamente de entusiasmo,—no te extrañaría eso! Cuando me miraba, y esto era sin cesar, tenían sus ojos una elocuencia irresistible. ¡Su conversación era tan amena é ilustrada y su amabilidad tan galante!... Lo menos veinte veces me recogió del suelo el libro en que yo, á pesar del mareo, me empeñaba en leer; y sus dulces palabras, sus atenciones, me hicieron la travesía tan breve y tan ligera, que al llegar á Valencia sentí un verdadero pesar. Desde entonces he pensado muchas veces que aquel joven tan cortés, tan distinguido, tan amable, debía ser, sin duda, un marido ejemplar.

—¿Quién sabe?—murmuró María sonriéndose, al ver el cándido entusiasmo de su hermana; pero

ésta, herida por aquella sonrisa, frunció sus negras cejas, y exclamó:

—¡A no ser que diera con una mujer tan simple como tú, que á los tres días, con ternezas, con mimos y con una imprudente y culpable indulgencia, le hiciese adquirir fueros de amo y señor!

—Pero, Elvira—repuso la joven,—un marido no es un amante; á la primera pasión, sucede un cariño más noble, más serio, más razonado, por decirlo así; el esposo tiene que atender al bienestar de su familia; tiene que buscar decoro y comodidades para su esposa, y por hallarlas para mí trabaja Alberto y sale de casa solo, no porque hoy se haya vuelto indiferente ó frío.

La llegada de Alberto interrumpió á su mujer. Éste entró apresurado y en extremo alegre; saludó á Elvira con la cabeza, y fué á tomar las manos de su esposa; exclamando al mismo tiempo:

—¡Oh, María, qué sorpresa, qué dulce sorpresa! ¡Quién lo había de pensar!

—¿Qué sucede?—preguntó María levantándose.

—¡Que he hallado al mejor de mis amigos, á Gaspar! ¡Salía yo de la Bolsa y venía á casa por la calle del Correo, cuando un hombre, que acababa de apearse de un carruaje, se dirige corriendo hacia mí, me estrecha entre sus brazos, me oprime, me estruja, dejándome el semblante humedecido con las lágrimas que se escapaban de sus ojos!

—¿Y era Gaspar?—preguntó María, que participaba de la emoción de su marido, en tanto que Elvira sonreía con una expresión muy marcada de desdén é incredulidad.

—¡Sí, Gaspar, el amigo de mi adolescencia y de mi juventud; mi querido Gaspar! Dice que me escribió su salida de Granada; pero yo no he recibido su carta.

—¡Oh! ¡En España los correos van tan bien como todo!—dijo Elvira, que era muy apegada á todo lo francés, como buena romántica.

—No hay por qué culparlos—respondió Alberto;—ninguna carta se pierde, y de fijo mañana recibiré la de Gaspar.

—¡Y llegará á buena hora!—murmuró Elvira;—dos días después del en que te hacía falta.

—¿Pero es posible que has de estar siempre incomodada y regañando por todo?—dijo Alberto riendo;—¡yo no he visto en toda mi vida un genio semejante!

—¿Y qué habrá dicho tu amigo?—preguntó María, que veía con dolor la desavenencia que había algunas veces entre su esposo y su hermana, ocasionada por el carácter irascible de esta última.

—Se enfadó algo cuando llegó á la estación y no me encontró en ella—respondió Gaspar;—pero así que le dije que no había recibido su carta, me absolvió de mi culpa. ¡Si no hay alma como la suya, ni corazón más noble!

—¿Y viene á vivir á Madrid?—preguntó María.

—No—repuso su marido;—viene sólo por quince días, á fin de activar un pleito, en el que tiene comprometidos algunos miles de duros.

—De ese modo le habrás ofrecido nuestra casa, y vendrá á ella, ¿no es verdad?—preguntó María, cuyo carácter dulce se esforzaba siempre en complacer á su marido.

—Querida mía—respondió Alberto,—aunque á hacerlo me obligaba el tierno afecto que nos ha unido siempre y sus muchas pruebas de amistad, no me he atrevido á tanto...

—¡Dios mío! ¿Y por qué razón? ¡Has hecho muy mal!

—¡Qué quieres! El que se casa ya no es dueño por completo de su voluntad; debe consultar la de su esposa, y á ti podía incomodarte que viniera Gaspar...

—Has obrado perfectamente—dijo Elvira, apoyando esta vez á Alberto;—no era cuerdo que hubieras ofrecido á ese señor esta casa como si fuera una posada.

—Pues yo pienso de muy distinto modo—dijo María;—creo que no sólo Alberto, sino yo también, obraríamos muy mal no obligando á Gaspar á venir aquí los días que haya de permanecer en Madrid. Alberto debe mil atenciones á su amigo.

—¡Nada, nada; no hablemos más! Recogiendo quedaba el equipaje; voy á buscarle, y ya no le suelto hasta traerle. ¡Gracias por tu bondad, que-

rida María! ¡No sabes lo feliz que me haces en esta ocasión!

Alberto tomó su sombrero, y salió trasportado de alegría á buscar á su amigo, bendiciendo á su mujer desde lo íntimo de su alma.

II

EL AMIGO

Las dos hermanas volvieron á quedarse solas. Elvira de muy mal humor, porque, en su carácter dominante, deseaba que todos se doblegasen á su voluntad, y veía que María, aunque de carácter muy dulce, estaba dotada de una firmeza admirable, siguiendo sólo las inspiraciones de su corazón, siempre noble, y de su pura conciencia.

La joven no había olvidado los consejos de Sor Raimunda; y con una bondad inalterable, pero digna, había ido cautivando el ánimo de Alberto, que aún se distraía en los primeros meses de su unión con la pérfida imagen de la condesa Celia.

Pero la prudencia, el talento y la bondad, unidos á una belleza poco común, á unos modales distinguidos, á una elegancia encantadora y á un constante deseo de agradarle, triunfaron por fin de las distracciones y de los recuerdos de Alberto, quien, á los tres meses de su unión, no conocía nada más perfecto que su mujer; todo su orgullo

consistía en llevarla del brazo, elegante, linda, coquetamente vestida; dejó de ir al café y al casino, donde estaba antes hasta el amanecer; y no concebía el teatro como no ocupase un palco con María, donde todos pudieran admirarla.

La llegada de Elvira vino á contrariarle un poco; temía que el carácter irascible y dominante de ésta malease algo la índole angelical de su mujer. Pero pronto se convenció de que, por el contrario, el carácter de Elvira ganaba algo, ó se modificaba al menos, á vista de la tolerancia de María, á la manera que algunas plantas balsámicas purifican la atmósfera en que viven, aunque esté, por otra parte, cargada de emanaciones nocivas.

Las dos hermanas volvieron á sus ocupaciones luego que hubo salido Alberto; pero Elvira tuvo por muy pocos instantes fijos los ojos en su libro; su semblante decía claro el mal humor que la dominaba. Durante algunos momentos hizo lo posible por reprimir su enojo; pero no pudiendo conseguirlo, arrojó el libro sobre la mesa.

—¿Qué te pasa?—preguntó María sonriendo.

—Me pasa que estoy irritada de tu proceder, y de ver del modo con que corres á tu perdición—respondió indignada la joven viuda.

—¿Yo corro á mi perdición?

—¿Y quién lo duda? ¡Consentir que tu marido traiga á casa un amigo!

—Pero, ¿qué tiene de extraño?

—¡Nada! Pero tú me lo dirás al cabo de pocos

días. ¡Ese amigo será un loco, un jugador desenfrenado! ¡Los dos recordarán aquellos buenos tiempos de París, en que tan lindas cosas hacían, y volverán á emprender la vida de calaveras!

—¡Dios mío, en todo eres exagerada!—dijo María, quien á pesar de continuar sonriéndose, sentía que un dolor sordo y punzante le oprimía el corazón al oír los pronósticos de su hermana.—¿No es más fácil y más seguro que Alberto convierta á su amigo con el espectáculo de nuestra dicha y le haga pensar en casarse? Y en este caso, tú que eres tan linda, ¿no pudieras ser la preferida?

—¿Yo?—respondió Elvira con desdén;—no admitiría la preferencia.

—¿Tanto te ha impresionado el joven del vapor, que le sacrificarías un brillante porvenir? Porque ya sabes que Gaspar pertenece á una familia noble y rica, que tiene un talento poco común y una instrucción muy vasta.

—¿Y yo de qué lo he de saber? ¡En mi vida he visto á ese dichoso amigo!

—Pero has oído hablar mil veces de él á Alberto.

—No me acuerdo; pero si está dotado de todas esas bellas prendas, ellas debían ser una razón más para no recibirle en casa.

—¡No comprendo!

—¿No estoy yo en ella?

—¿Y qué?

—¿No soy una joven? Pues bien, las gentes podrán criticar y... Vamos, hermana mía, di á Alberto que se lleve á su amigo y le busque una fonda.

—¡No haré, por cierto, semejante cosa!—respondió María riendo á carcajadas.

—¡Pues lo que es á mí, no me ha de ver!—exclamó Elvira resentida.

—¡Válgame Dios, y qué niña eres!—dijo María.—Para ser una mujer honrada y pura, ¿necesitas ser adusta ó gazmoña? ¿Hay algo más suave y natural que la verdadera virtud? Pero ¡bah, ya caigo! ¿Será que no quieres ser infiel, ni de pensamiento, al joven del vapor!

En aquel instante sonó la campanilla de la puerta de entrada, y un instante después se oyó también la risa franca de Alberto.

Elvira saltó, más bien que se levantó, de su asiento.

—¡Qué empeño!—dijo su hermana;—¿te vas al fin?

—¡Sí!—respondió la joven, y en seguida desapareció tras la cortina que cubría la puerta de un gabinete inmediato, al mismo tiempo que aparecían en la de entrada Alberto y su amigo.

Era éste un gallardo joven, de la edad de Alberto, de figura bella y simpática; alto, moreno, elegante; pero en sus facciones, de una admirable perfección, se notaba cierta expresión de hastío.

A la vista de María, pareció sorprenderse de la

belleza y de la gracia exquisita de la joven; pero muy pronto volvió en sí como hombre de mundo, y la saludó con gracioso desembarazo.

—Señora—dijo con acento algo confuso,—mi amigo Alberto me ha obligado á venir; pero sentiría en el alma incomodar...

—Caballero—interrumpió María, con aquella dulce sonrisa que sólo ella poseía y que la hacía tan encantadora;—usted viene á honrar con su presencia esta casa, y á darnos á mi esposo y á mí una gran satisfacción.

—¿Has destinado ya habitación á Gaspar?—preguntó Alberto.

—Sí—respondió María;—aquella que está al lado de la tuya.

Al pronunciar estas palabras señaló á un gabinete situado á su izquierda, y añadió graciosamente:

—Advierto á usted, sin embargo, caballero, que tendrá que resignarse; la habitación no es tan buena como yo la desearía para usted.

—Señora, yo no sé cómo agradecer atenciones tan galantes como las que usted me dispensa—respondió Gaspar mirando á María como petrificado;—yo no esperaba...

—¡Oh! ¡Ya estaba yo seguro de que mi mujer te gustaría!—dijo Alberto.—¿Cuánto va que ya no te asusta como antes?

—¿Pues me juzgaba tan rara?—preguntó María riendo.

Gaspar se ruborizó, lo cual no dejaba de ser encantador en un hombre de su talento; sin duda había tenido formada hasta entonces tan mala opinión de las mujeres casadas, que no quería que la supiera la seductora esposa de su amigo.

—Señora—observó,—no haga usted caso de lo que dice su esposo, quien siempre tiene ganas de chancearse. Cuando á venir me invitó, yo no quise aceptar, porque ignoraba lo mucho que usted valía. Si he de ser franco, temía un recibimiento frío, enojoso... En cuyo caso, yo, que tengo un carácter bastante áspero, hubiera vuelto á recoger mis bártulos y me hubiera ido á la fonda más cercana.

—Pero ¡Dios mío! ¿Hay mujer capaz de una grosería semejante?—preguntó María admirada.—¡Recibir mal á un amigo! Verdaderamente, tiene usted formado de nosotras un juicio poco favorable.

—Así es, en efecto; pero me complazco en proclamar, amiga mía, que he hallado en usted una excepción de la regla.

—Pero ¿usted qué sabe? ¡Yo tengo muchos defectos!

—No sostendré yo que sea usted perfecta; pero debe usted tener muchos menos que otras mujeres que yo sé. Señora, la verdad, tengo formada mala opinión de la mujer en general.

—Pues no es usted justo.

—Tal vez, y lo siento; porque si no varío de modo de pensar, me moriré soltero.

—¡Veo que es usted un enemigo contumaz del matrimonio!—dijo María sonriendo.

—¡Tantos sacrificios exige!... Por de pronto, adiós amigos, porque la esposa los mira siempre con rencor; quiere ser sola, para dominar más á su placer á su marido. Después, ¡qué de impertinencias hay que sufrir! «¡Que no fumes, que no vayas al café, que te vengas á acostar temprano!» Y el pobre marido, si quiere paz y no morir de fastidio ó de un sofocón, lo cual tampoco tendría nada de particular, ha de acceder á todo; apelar á la ficción para librarse de semejante esclavitud, maldecir la hora en que contrajo su malaventurado enlace, y en fin, desear la muerte con todo su corazón.

—¡Ah! ¡Cuánta tontería has ensartado, y qué descortés estás!—exclamó Alberto riendo.

—No hay tal—respondió blandamente María;—todo lo que tu amigo ha dicho es, por desgracia, verdad.

—Pues ya sabe usted, señora, por qué no quería venir—dijo Gaspar, pasmado al ver que María no daba muestras de enojo;—y estoy cierto de que su claro talento me disculpará.

—Sin duda; porque usted temería...

—Temía que Alberto estuviera dominado ridículamente por su mujer, y ser causa con mi presencia de un disgusto sordo, de amargas reconvenções que hicieran sufrir á mi amigo y llegasen á convertir su casa en un infierno; pero todo

esto, lo repito, señora, era porque ignoraba lo que usted valía.

—Amigo mío—repuso María,—lo que yo hago no es virtud; no pasa de ser prudencia, y hasta algo de egoísmo. Pues la mujer que procura hacer feliz al hombre que le dió su nombre y quiso partir con ella su suerte, sus placeres y sus dolores; la mujer que le ama y le respeta, que procura complacerle y derrama en su casa el santo perfume de la paz y de la felicidad, por más que digan las personas del gran mundo y las dotadas de una imaginación exaltada y enferma, se conquista su reposo y es á su vez venturosa. Esto es lo que yo decía hace poco á mi hermana.

—¿Tiene usted á su lado una hermana?—preguntó el viajero.—¡Cuánto siento no haber ya tenido el placer de saludarla!

—¡Oh, y por cierto que es lindísima!—repuso Alberto.—Temo que haya peligro en verla para tus ideas de soltero contumaz.

—¡No temas!—dijo Gaspar moviendo lentamente la cabeza;—bien á mi pesar, vengo enamorado.

—¿Tú?—exclamó Alberto;—pero, vamos, ¡ya comprendo! Amores de quince días, como todos los tuyos.

Y volviéndose á su mujer, la preguntó:

—¿Dónde anda Elvira?

—Ahora entró en su cuarto—respondió aquella,—y yo también voy por adentro; ustedes ten-

drán que hablar, y les dejo en libertad... Adiós, amigo mío; adiós, Alberto; luego nos volveremos á ver.

María salió; su esposo y Gaspar la siguieron con los ojos hasta que desapareció el último pliegue de su largo traje.

III

EL SOL DE INVIERNO

—Conque, querido Gaspar, ¿qué me dices?—preguntó orgullosamente Alberto á su amigo así que se quedaron solos.

—Digo—repuso éste pensativo—que me gusta en extremo tu mujer.

—Ya lo sabía yo—respondió Alberto con esa íntima satisfacción que da el convencimiento de la propia ventura.

—¡Si es un modelo de perfecciones!—continuó Gaspar.—¡Qué linda, qué talento, qué gracias, qué distinguida y espiritual! ¡Y al mismo tiempo la rodea una nube de candor, que la protege de todo peligro de seducción! ¡Oh! ¡Si yo hallara una mujer así!...

—Te casarías al instante, ¿verdad?

—No—respondió Gaspar con prontitud;—no llega á tanto mi entusiasmo. La recomendaría á